

RELATOS DE LA BIBLIA

Francisco Domene



TUS LIBROS
CUENTOS Y LEYENDAS

ANAYA

© Del texto: Francisco Domene, 2015
© De las fotografías: Archivo Anaya
(Leiva, A.; Martín, J.; García Pelayo, Á.)
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez
Ilustración de cubierta: Max Hierro

Primera edición, septiembre 2015

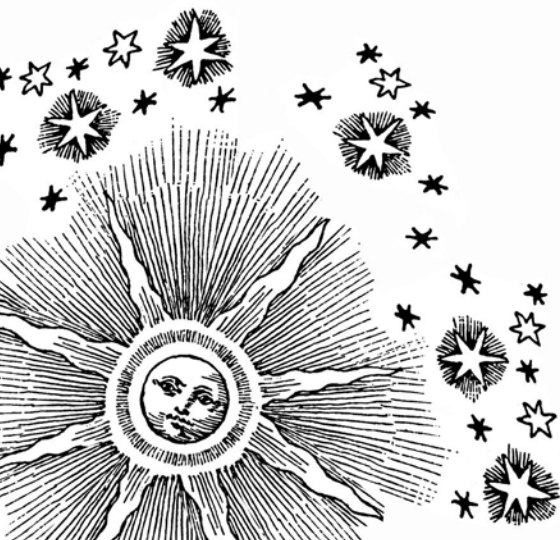
ISBN: 978-84-678-7159-3
Depósito legal: M. 22260/2015
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

RELATOS DE LA BIBLIA

Francisco Domene



ANAYA

A Carmen,
alma en la que viven él y Él.

A Conchita y Pedro,
seguros de que la muerte es vida.

A Juan Antonio,
aliado impenitente, siempre a la orden.

A Oriol, Carla, Juan Diego y Camila,
gozosamente henchidos de porvenir.

A Myriam, Memo, Diana y Javier,
cómplices de la luz que amo.

CONTENIDO

1. Adán y el plan de Dios	9
2. Eva, el fruto prohibido y la pérfida culebra	17
3. Noé y el Diluvio Universal	31
4. Babel, la puerta de Dios, y la confusión de lenguas	47
5. Moisés: un bebé con mucha suerte	63
6. Diez plagas para un faraón cabezota	75
7. El éxodo y el paso del Mar Rojo	89
8. El arca de la Alianza y los mandamientos de Yahvé	99
9. David y Goliat	113
10. El juicio de Salomón: mejor uno entero que dos medios ..	123
11. ¡Dios te salve, María!	133
12. En Belén ha nacido un rey	143
13. Magos, sabios y reyes	155
14. Bendito el que viene en nombre del Señor	167
15. Jesús y la cueva de ladrones	179
16. Reo de muerte	193
Apéndice	211
Glosario	217

Adán y el plan de Dios

(Génesis 1-2)

La escena se sitúa al este de la tierra de Edén¹. Se cuenta cómo fueron hechos el hombre y la mujer.

—Haré un ser que se asemeje a mí —se dijo Dios.

Se encontraba junto a un manantial que brotaba entre las rocas de una montaña. Desde allí se divisaba el extenso territorio de la región de Edén y muy a lo lejos podía incluso adivinarse el mar. Había acabado de hacer los cielos y la Tierra y había comprobado que todo estuviese bien hecho. Sonreía complacido porque la Tierra ya era habitable. Y aunque está claro que Dios es demasiado grande para caber en el mundo que Él mismo ha creado, sabemos que a veces le gustaba ajustarse a las proporciones de su creación para interactuar con ella.

Sin dejar de sonreír cogió el lodo que creyó suficiente del fondo arcilloso del manantial y formó con él un bloque vertical. Lo amasó despacio hasta que vio que era maleable. Luego se puso a desbastar y modelar.

¹ El sitio exacto se ha buscado a lo largo del curso de los ríos Tigris y Éufrates de Asia occidental, en «la tierra de Sinar» o Babilonia, también en Armenia, en la región al oeste del Mar Caspio, y en muchos otros lugares. «Edén» es una palabra de origen acadio que significa «placer», cuyo significado se refiere a un lugar que es puro y natural, mientras que la palabra «Paraíso» originalmente se refiere a un bello jardín extenso. En la Biblia se indica que el huerto o jardín de Edén habría existido al este de la región también llamada Edén, una región que se hallaría en el Cercano Oriente.

Por otro lado, el lector podrá encontrar otros términos, localizaciones y protagonistas definidos o ampliados en el *Glosario* al final del libro.



Cada porción de barro que añadía estaba estudiada como solución de una forma ya decidida, anticipando los volúmenes definitivos desde el principio. Así redondeó la cabeza y elaboró brazos y piernas que pudieran despegarse del cuerpo, ahuecó aquí, decreció un poco allá, vació los excesos, proporcionó lo desproporcionado, procurando que todo fuese a su gusto, a su imagen y semejanza. Lo hizo despacio, teniendo mucho cuidado con el diferente tiempo de secado de cada parte para evitar rajaduras o alteraciones. Y, cuando estuvo terminado y bien fraguado, Dios le sopló en la nariz y de inmediato el muñeco de arcilla que acababa de hacer cobró vida.

Lo observó, satisfecho de sí mismo, identificando sus propios rasgos en los de él y, como si lo moviese un misterioso propósito, le sonrió con complicidad. Al mismo tiempo, el ser hecho de tierra miró a Dios con inteligencia y también le sonrió. Fue la primera vez que Dios y el ser humano se reconocieron.

Dios estaba tan contento con su obra que quiso darle al hombre un lugar especial para que viviera sin preocupaciones. Oteó el horizonte hacia el este en la tierra de Edén y eligió una llanura elevada protegida de los vientos, de temperatura templada y agradable. Hizo crecer allí un espacioso vergel, con charcas tranquilas como espejos y pozos de aguas cristalinas, que a la vez era un jardín y un huerto, y ordenó que germinasen toda clase de árboles hermosos a la vista y cargados de deliciosos frutos comestibles, porque tan importante le parecía la belleza como la utilidad práctica.

Para que nunca faltase agua de riego hizo también llegar un caudaloso río desde Edén que se dividía en innumerables arroyos que corrían bajo la fresca sombra de los cedros y los álamos, de los naranjos y los manzanos. Sus aguas transcurrían junto a frondosos macizos de plantas siempre verdes, que parecían custodiar un recinto con palmeras, jacarandas, retamas,



acacias, mimosas, higueras y nogales, y, luego, volvían a juntarse en cuatro brazos a la salida del huerto.

Era un deleite para los sentidos, un fascinante vergel. Como si en cada árbol y en el aroma de cada planta habitase un placer; las especies estaban alineadas de modo que sus perfumes y pólenes resultasen equilibrados y, así, deliciosas ráfagas de fragancias atravesaban el jardín día y noche. Un tapiz de musgos y flores de todos los matices coloreaba el suelo en el que crecían, entre otras muchas variedades, caprichosas anémonas, lotos, azucenas, lirios del agua, mosquetas casi transparentes, nenúfares, menta y romero, y emparrados que daban sombra a las veredas rodeadas de arándanos y arrayanes. Y justo en el medio del jardín colocó Dios el árbol de la Vida y el árbol del Conocimiento del Bien y del Mal.

Cuando estimó que ya había acabado el trabajo, y vio que también aquello estaba bien hecho, tomó la criatura nacida del barro y la acomodó en mitad del jardín.

—¡Adán², cuida y disfruta este huerto que he creado para ti! —le ordenó.

—Gracias, Padre. Haré cuanto me ordenes —le respondió el hombre con humildad, y se puso a vagar por el jardín, embobado como un descubridor ante toda aquella maravilla.

Saboreaba el agua fresca, husmeaba encantado los perfumes y gozaba cada prodigio que encontraba a su paso. En ocasiones se sentaba en algún lugar, a la sombra de cualquier árbol, y se quedaba allí durante horas. El silencio era impresionante. Los únicos ruidos que se oían eran el murmullo del agua de los torrentes, el susurro de las hojas que caían de los árboles y

² El término «Adán» parece estar relacionado con la palabra hebrea *adamah* que se traduce como «tierra», en cuyo caso Adán representa al hombre como extraído de la tierra; similar al latín, donde la palabra *homo* se supone que es pariente de *humus* (tierra).



los latidos de su corazón, aparte del frufrú que hacían sus propios pies descalzos cuando caminaba.

Así un día y otro día y otro. La verdad es que todo aquello estaba muy requetebién, pero era un aburrimiento. No había duda de eso.

—No es bueno que el hombre esté solo —se dijo Dios entonces, advirtiendo que el mundo vegetal no era suficiente para llevar adelante su plan—. Hagamos seres que le ayuden y le acompañen.

Sí, desde luego, Dios tenía un plan. Por eso hizo surgir gorriones, cisnes, palomas y colibríes, y puso a corretear por el exuberante jardín ardillas, conejos, corderos, ciervos y gatos monteses. En las charcas y lagos pronto chapotearon peces y anfibios.

Adán asistía boquiabierto a la aparición de los animales. Observó que los ruiseñores anidaban en los almendros y que las golondrinas preferían revolotear cerca de los cipreses y los lirios. Mil clases de mariposas multicolores comenzaron a aletear sobre los perros de agua, las nutrias, los reptiles y los tigres. El Paraíso se llenó de graznidos, aullidos, rebuznos, balidos, cacareos, silbidos y una casi infinita variedad de cánticos de pájaros. Y Adán miraba y escuchaba aquella extraordinaria sinfonía de la vida, incapaz de comprender todo lo que estaba sucediendo.

—A ti te llamo Adán, porque te hice con barro —le dijo Dios al hombre una tarde—. Pero ¿cómo llamaremos al resto de las criaturas?

Adán se encogió de hombros y puso cara de pasado.

—No sé, Padre —tartamudeó—. ¿Usted me dirá sus nombres?

—¿Yo? ¡Qué va!

—¿Me dirán ellos su nombre? —aventuró Adán.

Dios soltó una carcajada.

—Ninguno habla. Sus talentos son diferentes de los tuyos —le reveló.



—¿Entonces...? —preguntó Adán, bastante confuso.

—Ese será tu primer trabajo —le ordenó amistosamente Dios—: ponerles nombre.

—¿De veras? —celebró Adán con entusiasmo.

Y sin demora se puso manos a la obra, agradecido por la confianza que Dios le demostraba.

—¡Mariposa! ¡Cervatillo! ¡Erizo! —iba diciendo, señalando a los individuos de cada especie con el dedo.

Corría feliz entre ellos, jugaba con las crías, abrevaaba con los ciervos, saltaba con los conejos, dormía al arrullo de las palomas... Incluso en una ocasión intentó volar como las águilas, aunque se detuvo a tiempo para no romperse todos los huesos.

—¡Perro! ¡Lechuza! —gritaba feliz, sintiéndose importante.

Puso nombres a voleo. El primer sonido que se le ocurría al ver a un animal acababa siendo su nombre. Llamó serpiente a la serpiente porque hacía *sssrp-sssrp* al acomodar la boca para atacar a una presa. Y estuvo varios días valorando si llamaba cocodrilo a la gallina, porque hacía *co-co-co* cuando caminaba.

Dios observó durante algún tiempo las nuevas formas de vida, analizó el comportamiento del hombre con ellas y se quedó pensativo una vez más. Aunque había claras similitudes, ninguna de las criaturas resultaba verdaderamente semejante al ser humano. Vio, además, que en todas había hecho macho y hembra; de modo que cada espécimen tenía su complemento adecuado, menos el hombre. Si quería que su plan se cumpliera, debía de abordar la forma de resolver el problema.

—¡Vale! —se dijo—. Haré una criatura que le haga compañía y sea la ayuda idónea para él.

Y, sin necesitar siquiera chascar los dedos, durmió a Adán tan profundamente que el pobre no sintió nada de cuanto sucedió después.



Mientras dormía, Dios tomó una de las costillas del hombre hecho con barro, cerró la cavidad dejándolo todo en su lugar y, con la materia de la costilla, modeló, ahuecando aquí, decreciendo allá, proporcionando cada parte y cada órgano, procurando que todo fuese según su semejanza.

Así hizo a la mujer.

Cuando Adán despertó y la vio a su lado, se le iluminó la cara. Curioseó los cinco dedos de cada mano, cada una de las uñas, la nariz, los ojos, la manera como se erguía, golpeó con los nudillos, suavemente, el cráneo de ella y también su propio cráneo para comparar el ruido que hacían.

—¡Grrrrrrrg! ¿Te gustaría que te golpee yo tu cabzota? —protestó la criatura.

Adán dio un salto de alegría.

—¡Es hueso de mis huesos! —exclamaba, fascinado por la extraordinaria similitud que descubría entre ambos—. ¡Es carne de mi carne! ¡Y habla! ¡Habla! ¡Puedo entenderla!

Adán giraba a su alrededor como un satélite, mirándola con simpatía, y cavilando en que también tendría que decidir un nombre para ella.

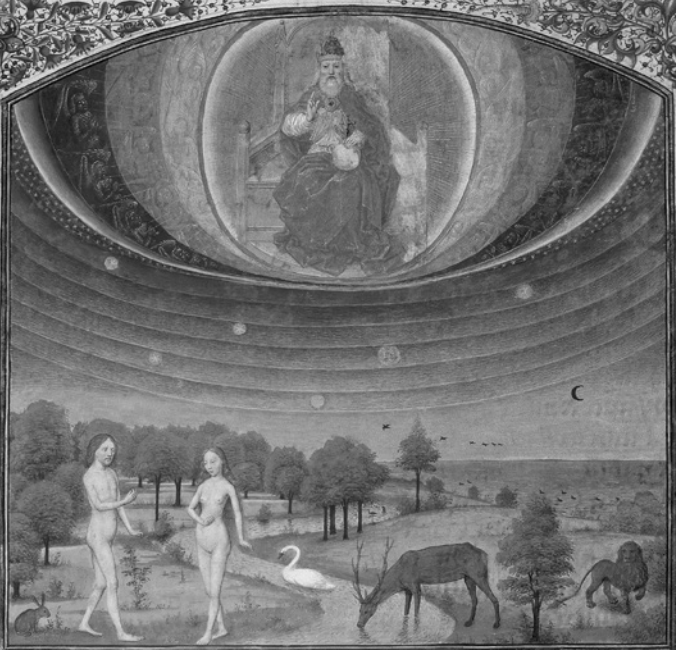
—La llamaré Varona³ —afirmó con repentina determinación—, porque del varón ha sido sacada. O Adana, porque ha sido sacada de Adán... No sé.

Fue lo que se le ocurrió.

—Ya discutiremos eso —protestó de nuevo la mujer, no convencida de que alguno de aquellos nombres le gustase.

—¡Vivid unidos y felices! ¡Sed una sola carne! —intervino Dios, sonriente, seguro de que ahora ya su plan comenzaba a cumplirse—. ¡Sed dueños de la Tierra! ¡Multiplicaos! ¡Llenad la Tierra con vuestros hijos! Disfrutad. Nada os producirá dolor, ni la vejez

³ En hebreo *Ishshah* significa literalmente varona (mujer), igual que *Ish* significa varón (hombre).



Voy le souuerain
 comencans et
 lumiere parfaite.
 en quoy toutes
 choses visibles et
 invisibles. passees presentes et ad
 venir. manifestement et apert
 ment appertent. Et deus. sauoir
 que du mouuement et uerbera
 tion de celly pur. air et pure lu
 miere naist la parole dieu. car
 parole n'est aultra chose que uoy
 fournee par uerberation et par

mouuement d'air. Et saches y
 dieu est sa parole et sa parole est
 dieu. Et est ceste parole complice
 et parfaite par m. souuerainnes
 dignites sans lesquelles dignites
 la parole dieu. cest a dire la deite
 ne puet estre acoplee ne parfaite
 ententement. Et par ce dist pla
 tons que ces m. dignites sont un
 souuerain bien principal. le q^l
 est comencement de tous autres
 biens et de qui toutes choses pre
 dent comencement et perfection



os perturbará. Dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra. Y comed, si queréis, de todas las hierbas y sus semillas y de los frutos de todos los árboles; pero no comáis el fruto del árbol del Conocimiento del Bien y del Mal, porque, si lo hacéis, moriréis —les ordenó, señalando uno de los dos árboles que crecía justo en el centro geométrico del jardín.

La Biblia es el libro de los libros. A nadie deja indiferente. Ha sido elogiado y prohibido, odiado y amado, igual desde la fe como desde la curiosidad histórica o la fascinación literaria. Sus relatos nos llevan por un viaje fascinante que nos transporta a los orígenes mismos de la civilización. Empleando un símil cinematográfico, sus historias tienen más de quinientos personajes principales, miles de secundarios y decenas de miles de extras... De todas ellas se han seleccionado aquí algunas de las más relevantes, con fidelidad al mensaje original, pero con un lenguaje sencillo y un estilo ágil y motivador. Un libro que asombra y emociona y que ha ayudado a muchos a encontrar respuestas y a saber más sobre sí mismos.



**TUS LIBROS
CUENTOS Y LEYENDAS**

www.anayainfantilyjuvenil.com

1566537

ISBN 978-84-678-7159-3



9 788467 871593

ANAYA